

Políticas editoriales y políticas de lectura

José Luis de Diego

El panorama de la producción editorial en la Argentina tuvo, invariablemente, una correlación con el escenario político e ideológico de cada época. Un recorrido por períodos clave del país servirá para entender el estado de la cuestión hoy.

En nuestro país, hoy no existen (casi) editoriales independientes. Con la compra de Emecé en 2000, el grupo español Planeta controla el 20% del mercado; ya es propietario de las ediciones de Seix-Barral, Ariel, Espasa-Calpe y otras. El segundo lugar en las ventas lo ocupa Sudamericana, pero ya ha dejado de ser la empresa familiar de los López Llausás; en 1998 fue adquirida por Random House Mondadori, que controla Lumen, Grijalbo y Plaza y Janés. El tercer grupo que alcanza una fuerte presencia en los 90 es Prisa-Santillana (Alfaguara, Aguilar y Taurus). En 1991, el grupo colombiano Norma compró la editorial Tesis, y tres años después, Kapelusz (Botto, 2006, 212-213). Estos conglomerados que desembarcan en los 90 controlan cerca del 75% del mercado (CEP, 2005, 12).

Si visitan la Feria del Libro, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, los verán, en el hall central, con los más grandes stands: el lema “del autor al lector” no es más que una expresión de deseos; entre uno y otro, las mediaciones capitalistas se multiplican.

Hoy no existen (casi) editores. “Aunque los riesgos corridos sean infinitamente menos importantes para una gran editorial que para una pequeña, las consideraciones comerciales se imponen también, en lo sucesivo, a través de los técnicos financieros, los especialistas de marketing y los contadores” (Bourdieu, 1999, 245). El valor de cambio ha terminado por diluir el capital simbólico que un libro conlleva: iguala, en tanto objetos de consumo, al libro y a un par de zapatillas y se asimilan sus lógicas de producción y de comercialización.

Hoy no existen (casi) librerías. Asistimos al fenómeno de “los demasiados libros” (Zaid, 1996): infinidad de títulos en tiradas muy pequeñas. Se los ha llamado “albergues transitorios de novedades” y “libros con fecha de vencimiento, como si fueran lácteos”. Agobiados por no saber dónde meter los libros, los librerías se limitan a informar, mediante una PC, si el libro está o no está. Cada vez más interesados en sondear el interés del público que en influir sobre él, ya no encontramos al viejo librero que sumaba a su pequeño comercio el prestigio de su trayectoria y experticia. Vemos libros en cadenas de

música y en kioscos, en estaciones de servicio y en supermercados; casi con desidia, se arroja un libro en el carrito, junto con el detergente y la mayonesa.

Hoy no existen (casi) catálogos. Los sitios en Internet que ostentan los grandes grupos se limitan a un buscador (por autor, por título): la idea de *stock* disponible para la venta ha reemplazado al catálogo que enorgullecía a las viejas editoriales.

Pero esto no fue siempre así.

La “época heroica”

A finales de la segunda década del siglo XX, se produce en la actividad editorial de nuestro país una mutación bien significativa. Si las principales colecciones publicadas hasta entonces habían estado a cargo de escritores o intelectuales destacados –Roberto Payró en la Biblioteca de *La Nación* (1901-1920); Ricardo Rojas en la Biblioteca Argentina (1915-1928); José Ingenieros en La Cultura Argentina (1915-1925); Manuel Gálvez en la Cooperativa Editorial Buenos Aires (1917-1925)–, serán reemplazados progresivamente por editores extranjeros, inmigrantes humildes sin relación alguna con la *alta* cultura, verdaderos *advenedizos* en el mundo de los libros y, quizás por esa razón, menos atentos al prestigio de la tradición y más interesados por lo nuevo. Y con *lo nuevo* no me refiero sólo a tendencias filosóficas o literarias, sino, sobre todo, a un nuevo mercado, a un público lector que se había expandido de un modo notable.

A los barrios más tradicionales –San Telmo, Barracas, la Boca, San Cristóbal, Balvanera y el Norte– que a fines de siglo rodeaban el Centro, se agrega una primera periferia, visible hacia 1910: Almagro, Caballito, Flores, Belgrano, el Bajo Belgrano, Palermo o Villa Crespo. En la entreguerra crecieron notoriamente Patricios, Pompeya, Mataderos, Soldati, Lugano, La Paternal, Versalles, Vélez Sarsfield, Saavedra, Villa Devoto o Villa Urquiza (Gutiérrez y Romero, 1995, 70).

En esos barrios se va generando una cultura emergente, popular y *letrada*, constituida por hijos de inmigrantes y las primeras oleadas de migrantes internos, con rasgos identitarios propios, que se desarrolla en los clubes, sociedades de fomento, centros y comités y bibliotecas populares. Poco habituados a las librerías del centro, adquieren libros y folletos mediante otros circuitos, ya que consideraban al libro y la cultura como un elemento de prestigio, como una herramienta de integración y ascenso social. A ese público apuntan los nuevos editores. Juan Torrendell –un mallorquí que funda en 1916 la editorial Tor–, de Antonio Zamora –un español socialista que dirige a lo largo de 20 años la editorial Claridad, “tribuna de pensamiento izquierdista”–, de Manuel Gleizer y Samuel Glusberg –dos inmigrantes rusos, de familias judías, que darán a conocer lo mejor de la literatura argentina de entonces, tanto a “Florida” como a “Boedo”–, serán quienes pongan al

alcance de la mano de esos nuevos grupos sociales lo mejor de la cultura universal y de la literatura y el pensamiento nacional en libros baratos, en ediciones “popularísimas”.

La “época de oro”

La Guerra Civil Española (1936-1939) produce un éxodo de editores hacia América. Entre 1937 y 1939, se fundan en Buenos Aires cuatro editoriales que dominarán el mercado nacional durante 40 años, todas ligadas, en sus inicios, a inmigrantes españoles: Espasa-Calpe Argentina, Losada, Sudamericana y Emecé. Cuando Gonzalo Losada aún trabajaba para Espasa-Calpe, lanzó la Colección Austral; una vez que instaló su propio sello, comenzó a editar la Biblioteca Contemporánea. Mi generación le debe buena parte de su formación a esas dos colecciones que, a precios económicos, nos brindaban amplísimos y jerarquizados catálogos. Para el año 1967, Austral había publicado 1.500 títulos; llegó a editar a un ritmo de entre 10 y 20 títulos nuevos por mes en primeras ediciones de 12.000 ejemplares cada una y 15 reimpressiones mensuales de 6.000 ejemplares. Su influencia fue duradera, no sólo en Argentina, sino también en América y España. Todavía recordamos con nostalgia algunos grandes títulos de Losada: la *Gramática castellana*, de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña; las *Lecciones preliminares de filosofía*, de Manuel García Morente; *España en su historia* (1948), de Américo Castro; el *Tratado de sociología* (1947), de Francisco Ayala; las obras de Saussure, Bally y Vossler, en magníficas traducciones de Alonso, Raimundo Lida y Elsa Tabering para la colección Filosofía y Teoría del Lenguaje. Sudamericana y Emecé tendrán un desarrollo más lento y verán su auge en los años 60. De entre sus colecciones se puede destacar la célebre El Séptimo Círculo (de Emecé), una colección de novelas policiales que dirigieron Borges y Bioy Casares desde 1945 y durante diez años. Un empleado de la librería El Ateneo, Salvador Rueda, también funda su propio sello; gracias a él, conocimos al *Ulises*, de James Joyce –en la prestigiosa traducción de José Salas Subirat–, y *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, en la traducción que había iniciado Pedro Salinas para Calpe. Su catálogo se abre con *Manhattan Transfer*, de John Dos Passos, e incluye a D. H. Lawrence, Hermann Hesse, Jean Paul Sartre, André Maurois y Henry Miller. Encaró, además, hacia 1953, un proyecto descomunal: la edición de las *Obras Completas* de Sigmund Freud, traducidas por Luis López-Ballesteros y de Torres.

El total de ejemplares impresos en el inicio del período, del 36 al 40 fue de 34 millones; en el fin del período –del 51 al 55– ese número se había multiplicado por cinco y el total de ejemplares impresos ascendió a 169 millones. Más del 40 % de la producción se exportaba y Argentina proveyó, en la década del 40, el 80 % de los libros que importaba España. En 1942 se exportaban 11.280.000 de volúmenes; en 1947, sólo cinco años después, 24.280.500. Resultan llamativos, además, los promedios de tiraje por libro: en los últimos años del período, alcanzó los 10.000 ejemplares, con un promedio para el total del período cercano a los 7.000 ejemplares. Como se ve, estas cifras hoy nos resultan inverosímiles.

Los años 60 y los 70

Los 60: la década del *boom* del libro argentino –según un conocido título del semanario *Primera Plana*–; del *boom* de la novela latinoamericana; de las fabulosas ventas de Editorial Sudamericana; del exitoso lanzamiento de Eudeba en el 58 y del Centro Editor de América Latina a fines del 66. Eudeba se crea por iniciativa del entonces rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Risieri Frondizi, en 1958. El rector encargó el diseño de la empresa a un verdadero prócer de la edición en América Latina, Arnaldo Orfila Reynal –quien estuvo a cargo del Fondo de Cultura Económica de México y años después fundaría la Editorial Siglo XXI–, y su primer gerente fue Boris Spivacow. Lo primero que puede decirse de Eudeba es que fue atípica como editorial universitaria: por el dinamismo de sus colecciones (llegaron a ser más de 30); por el vértigo de sus publicaciones (amplias tiradas a muy bajo costo), y, sobre todo, por su sistema de distribución, los célebres kioscos de Eudeba, ubicados en los centros de las principales ciudades, en los ámbitos universitarios y aun en las estaciones de subte. En solo ocho años, Spivacow y su equipo habían creado la editorial universitaria más importante de América Latina, la que se transformó, con el tiempo, casi en una marca de época, ya que Eudeba está presente en casi todas las evocaciones o las interpretaciones que leemos sobre los 60. Expulsado Spivacow de la editorial por el golpe de Onganía, funda el 21 de septiembre de 1966 el Centro Editor de América Latina. Mientras Eudeba comienza una declinación de la que aun hoy no pudo recuperarse, el Centro lanza a fines del 66 su primera colección, la Serie del Encuentro, 43 títulos de autores argentinos. Spivacow sabía que el talón de Aquiles de las editoriales como la que acababa de fundar era la distribución, por lo cual firma tempranamente un convenio con la Cooperativa de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines. Ideó un sistema de venta por fascículos en los kioscos que, una vez completados, se canjeaban por el tomo encuadernado. Entre tantas otras colecciones podemos recordar a Capítulo Argentino, lanzada en 1967; cada semana aparecía un fascículo, acompañado por un libro, hasta completar la *Historia de la literatura argentina*, en tres tomos, más 59 libritos que formaron la Biblioteca Argentina Fundamental. La editorial tuvo, entonces, el mismo sello que caracterizó a Eudeba: un ritmo de producción incesante, un cuidado obsesivo en lograr el menor costo posible, la representación en sus colecciones de orientaciones ideológicas. A medida que la industria editorial argentina iniciaba su decadencia por la pérdida de mercados externos, encontraba en el mercado interno y, en especial, en autores argentinos y latinoamericanos, las vías de supervivencia y de su momentánea recuperación. De las causas de esa ampliación del mercado se ha hablado mucho: la expansión de la clase media; la explosión matricular en las universidades; la aparición de semanarios de proyección modernizadora; el surgimiento de una generación de autores latinoamericanos de inusual calidad que supieron aunar en un único proyecto modernización estética y radicalización política. La Editorial Sudamericana marcó el ritmo del acercamiento de autores y público; los escritores “faro” argentinos de aquellos años, Cortázar, Sabato, Marechal, Puig, formaban parte de su catálogo.

Pero en el 75 todo parece desmoronarse. La brusca devaluación de la moneda y la inestable y violenta situación política desemboca en el golpe militar de marzo de 1976. La historia posterior es tristemente célebre: la clausura de Siglo XXI el 2 de abril del 76; las presiones y las clausuras que soportó el Centro Editor desde que en Bahía Blanca el general Acdel Vilas afirmó que era “claramente subversivo”; la

irrupción de un destacamento al mando del teniente primero Xifra en las oficinas de Eudeba el 26 de febrero de 1977; la detención de Daniel Divinsky, director de Ediciones de la Flor;^{*} la desaparición de Carlos Pérez.^{*}

Quemas de libros, secuestros de ediciones, censura y autocensura, persecución, detención y desaparición de autores y editores. Mucho tiempo y conflictos varios llevará recomponer el campo intelectual fracturado entre los autores que se quedaron en el país y los que sufrieron el exilio. Las editoriales, en tanto, solo procuraban sobrevivir. Si la recuperación de la democracia en 1983 representó un auspicioso encuentro entre los autores dispersos y silenciados con su público, ese encuentro no significó, sin embargo, una recuperación del mercado ni de la industria editorial.

Epílogo

Unas palabras finales sobre los 90. Como es sabido, la gestión Menem pone en marcha una serie de transformaciones que suelen resumirse en la fórmula Reforma del Estado; de entre ellas, resultan pertinentes el proceso de privatizaciones, la paridad cambiaria y, como consecuencia, la fuerte concentración de capital monopólico. Matilde Sánchez resumió así el impacto sobre la industria editorial argentina: “[...] pasó de la hegemonía a la sucursal y del imperio a la colonia” (Sánchez, 2000, 3). El resto forma parte del diagnóstico trazado en el comienzo de estas notas.

“Por el hecho de que el libro, objeto de doble faz, económica y simbólica, es a la vez mercancía y significación”, afirma Bourdieu, “el editor es también un *personaje doble*, que debe saber conciliar el arte y el dinero, el amor a la literatura y la búsqueda de beneficio” (Bourdieu, 1999, 242). El itinerario trazado pone de manifiesto que la balanza se ha ido torciendo cada vez más hacia el lado del dinero y que la eventual recuperación de la industria editorial tendrá que ver, entre tantos otros factores, con que aquel equilibrio se restablezca.

* A raíz de la publicación de *Cinco dedos* – libro infantil, escrito en Berlín Occidental, impreso en la Argentina por Ediciones de la Flor y prohibido el 8 de febrero de 1977 por tener “finalidad de adoctrinamiento [...] propia del accionar subversivo”–, un decreto disponía poco tiempo después el arresto del editor Daniel Divinsky, quien permaneció 127 días detenido a disposición del Poder Ejecutivo. Se exilió en Caracas entre 1978 y 1983 [N. de C.].

* Se refiere a Carlos Pérez, editor, periodista, director del suplemento cultural del diario Clarín, detenido-desaparecido el 8-05-76, víctima del terrorismo de Estado [N. de C.].

Bibliografía

- Botto, Malena, “La concentración y la polarización de la industria editorial”, en De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina*. Buenos Aires / México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Bourdieu, Pierre, “Una revolución conservadora en la edición”, en *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Centro de Estudios para la Producción (CEP), “La industria del libro en la Argentina”, en www.buenosaires.gov.ar/areas/cultura/observatorio [sitio consultado en enero de 2007].
- Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis A., *Sectores populares, cultura y política*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Sánchez, Matilde, “La novela del libro argentino”, en *Clarín. Zona*. Buenos Aires, 23 de abril de 2000.
- Zaid, Gabriel, *Los demasiados libros*. Barcelona, Anagrama, 1996.

José Luis de Diego

Doctor en Letras. Profesor de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria II, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Autor de *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*; *La verdad sospechosa. Ensayos de literatura argentina y teoría literaria*; y *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*.